

El padre Evasio Rabagliati, benefactor y apóstol

Escribe: CARLOS RESTREPO CANAL

El 18 de abril de 1883 entró en París Don Bosco, precedido de la fama de taumaturgo que sus virtudes y milagros hechos, habían despertado, refiere el padre Lomoyne, después de renovar en torno suyo, en el trayecto de su viaje a través de la siempre católica Francia, las mismas escenas de devoto entusiasmo que había suscitado el cura de Ars. Las muchedumbres congregadas en la ciudad luz para oír a Don Bosco, hoy San Juan Bosco, eran inmensas; las personas que durante largas horas esperaban poder desfilas ante él y decirle una palabra, eran tantas que después de varias horas de atender al deseo de verle y hablarle que manifestaban los parisienses, fue preciso suspender aquella audiencia porque los concurrentes, lejos de aminorarse, se acrecentaban, y Don Bosco, ya entonces en sus postreros días, no podía tenerse en pie en la sacristía de San Sulpicio, después de la celebración de la misa.

A su paso por Francia y por su capital, hizo el santo fundador del Instituto Salesiano varios de aquellos milagros que refieren sus biógrafos, entre quienes se cuenta el ameno y entusiasta admirador suyo Hugo Wast. Del recibimiento y despedida triunfal que le hizo París a Don Bosco y de los extraordinarios hechos por él realizados allí, fueron testigos varios colombianos residentes entonces en aquella ciudad. Dos distinguidas damas bogotanas, doña Ana Tanco de Carrizosa y doña María Ortega de Pardo, curada ésta por Don Bosco de una antigua dolencia, comprendieron la importancia que tendría para Colombia que los salesianos, formados en el espíritu ardoroso de

aquel santo, vinieran al país y se dedicaran en él a la benéfica labor de educar a las clases media y popular, de enseñar artes y oficios, lo que redundarían en beneficio de muchas gentes necesitadas y en pro de las industrias nacionales, y, sobre todo, de formar en el espíritu cristiano a tantos jóvenes que en aquella época, tras de las persecuciones religiosas sufridas en el país, y del extrañamiento de muchos educadores católicos, carecían de la educación que durante tres centurias había moldeado definitivamente el carácter nacional.

Las dos señoras cuyos nombres hemos mencionado, se dirigieron al Presidente de la República, señor doctor don Rafael Núñez, para que él solicitara de Don Bosco el envío de algunos padres salesianos a Colombia. Repetidas veces pidió el doctor Núñez a Don Bosco tal envío, pero su solicitud y la del Arzobispo de Bogotá encallaron en la falta de personal salesiano, que hacía imposible al fundador del Instituto atender aquellas peticiones. Nuestro Embajador en Roma, doctor don Joaquín F. Vélez, se entrevistó con Don Bosco, el 1º de noviembre de 1886, con este fin, sin lograrlo.

Mas ni las dos señoras bogotanas, ni los gobiernos eclesiástico y civil desmayaron en su empeño, y se probó de nuevo fortuna, repitiendo la solicitud dirigida por el señor doctor Vélez por medio del Sumo Pontífice León XIII.

Las nuevas gestiones hechas con tan poderosa mediación tuvieron al cabo éxito completo, como era natural que ocurriera, pues los deseos del Papa fueron recibidos por Don Bosco como órdenes, que a su muerte transmitió a don Rúa, su primer sucesor, para que se cumplieran en primera oportunidad.

A poco salieron, por tanto, varios salesianos de Turín con rumbo a Bogotá. En la travesía enfermó y murió, al llegar a La Guaira, el clérigo José Eternó, de diez y nueve años de edad; el padre Miguel Unia, uno de los que formaban la expedición, que luego se hizo notabilísimo por su celo apostólico en Colombia, asistió al enfermo hasta su fallecimiento y se detuvo brevemente en Caracas, donde el Arzobispo, el clero y los cooperadores salesianos le recibieron con muestras de especial afecto.

Por Cartagena entraron al país los salesianos enviados por don Rúa a Colombia, y llegaron a Bogotá poco después, en marzo

de 1890. Eran los padres Miguel Unia y Leopoldo Ferraris, el clérigo Silvestre Rabagliati, hermano del padre Evasio, y los coadjutores Angel Colombo, Carlos Migliotti y Felipe Kaczmarzyck, maestros, los tres últimos, de carpintería, sastrería y zapatería, respectivamente.

Tras de este grupo de hijos de Don Bosco, venía el padre Evasio Rabagliati, procedente de Chile, donde recibió la orden de encaminarse a Bogotá. Al padre Evasio, primer superior de la comunidad Salesiana en Colombia, se han de referir principalmente estas líneas que aspiran esbozar la figura del ilustre sacerdote benefactor de las clases populares y apóstol de los leprosos en el país.

Evasio Rabagliati nació en el lugar de Occimiano, el 20 de enero de 1854; era hijo legítimo de Luis Rabagliati y Teresa Unia, ejemplar y cristiano matrimonio del Piamonte. Desde los primeros años mostró la viveza de su ingenio y la actividad que siempre hubo de distinguirle en la ejecución de las muchas empresas piadosas que tuvo entre manos y en el desempeño de los arduos deberes de su sagrado ministerio.

El chico, sano de cuerpo y de espíritu, ágil y trabajador estudioso en la escuela donde cursaba los estudios elementales y sinceramente piadoso, y aun acólito de la iglesia de su pueblo, encontróse en los alrededores de Occimiano con Don Bosco. Entre los muchos niños que solían rodear al santo en estas correrías llamóle entonces la atención aquel rapaz de ojos negros, de inteligentísima expresión, de bellísima voz, fuerte, alegre, y que denunciaba, dicen sus biógrafos, una angelical pureza de espíritu.

La familia, una de las más acomodadas e influyentes de aquel pueblo apacible, asentado entre viñedos y praderías, en serena altiplanicie regada por el río Po, le destinaba, como a primogénito que era para futura cabeza de su casa y administrador de sus bienes, más Evasio, atraído por la simpatía y el espíritu religioso de Don Bosco, decidió partir en su compañía, y así lo expresó a doña Teresa, y luego a su padre; y tras de cursar estudios superiores en el colegio salesiano de Mirabello, pasó al Oratorio o casa madre del Instituto, donde estudió bajo la dirección inmediata de Don Bosco, y desde 1872 comenzó el noviciado.

En 1876 envió el fundador del nuevo Instituto una expedición de salesianos para la Argentina. El había visto en sueños un dilatado país, habitado por hombres de muy elevada estatura, en donde los salesianos estaban llamados a continuar la obra de la evangelización. En esta expedición, la segunda que salía de Italia para las tierras del Plata, iba el novicio Evasio Rabagliati, que fue luego el primer sacerdote de la benéfica institución, ordenado en América, en el día de Pentecostés de 1877. En 1878, acompañó a penetrar en la Patagonia a don Santiago Costamagna, más tarde uno de los primeros obispos salesianos. En Mater Misericordiae fue apóstol de los emigrantes italianos y Director en San Nicolás de los Arroyos. Pasó en 1887 a Chile, donde fundó la casa Salesiana de Concepción, y donde se alza hoy un colegio que es obra suya. Apenas iniciada aquella fundación en 1889, recibió orden de salir camino de Bogotá, la ciudad de abolengo andaluz y señorial, a la que entonces se le conocía con el dictado de Atenas de América, que le había dado la crítica literaria, pero que ella no intentaba tomar muy en serio.

Llegó aquí como se ha dicho, en marzo de 1890. Halló a sus compañeros alojados en una pequeña casa cerca de la iglesia y del convento del Carmen, futura residencia de los salesianos. Los padres Miguel Unia y Leopoldo Ferraris desconocían casi por completo el español y les era difícil hacerse entender cuando tenían que habérselas con personas que ignorasen el italiano o los idiomas para ellos conocidos. La llegada del padre Evasio sacó a los salesianos de tan embarazosa situación, y pocos días después se hallaban en el viejo convento del Carmen, que por aquellos días prestaba servicios de cuartel y de hospital militar. Se trasladaron a otro lugar las monjas, que estaban viviendo en una pequeña parte de su vieja casa, aislada de aquella otra donde, en lugar de sus pausados rezos se escuchaban las voces de mando y los toques de corneta donde tañera la campana que antes convocaba al coro a las hermanas de Sor María Ana del Niño Jesús, la santa monja bogotana, cuyo proceso de canonización, con historiada carátula reposa en el Archivo Nacional. Los salesianos proclamaban el culto de María Auxiliadora, que dio el triunfo en Lepanto, y que había de convivir allí con otra antigua devoción bogotana, la de Nuestra Señora del Carmen. La antigua iglesia que guardaba en su viejo y colonial camarín la imagen de la Virgen en su advocación mencionada, la más venerada de los bogotanos, a la que las gentes sencillas le dirigían tiernos requiebros y plegarias al pasar, cabe aquel añoso y pío recuerdo

del siglo XVII, que recordaba además los prodigios obrados por una santa monja bogotana en la construcción de aquel templo, se entregó al padre Evasio y a sus compañeros. Desde sus primeros sermones se reveló a Bogotá que el Director de los salesianos era un gran orador sagrado, que lograba llamar la atención poderosamente en la ciudad de Cortés Lee, Carrasquilla y Zaldúa; en la que resonaba también la voz de los padres Cáceres y Muñoz, los dos ilustres jesuítas guatemaltecos, y en la ciudad que oía entonces en el Congreso y en el foro tan brillantes oradores. Pues bien, los bogotanos afluyeron La Enseñanza primero, y luego a la vieja iglesia del Carmen, llenaron el templo, el coro y la sacristía, y aun la calle misma, donde la voz poderosa de barítono del padre Rabagliati se alcanzaba a oír. La autoridad se vio precisada a enviar guardia para que se guardara el orden entre aquella crecida concurrencia. El doctor Cortés Lee, cuya palabra atraía igual concurrencia, iba a oírle. El padre Evasio llegó a hacerse popularísimo y a ser muy querido y atendido en la ciudad. Don Diego Fallón le encontraba cierto parecido físico y moral con Bolívar; y es lo cierto que la expresión vivaz y la vibrante actividad del religioso italiano recordaba la ardiente mirada y el fogoso carácter del Libertador.

Poco tiempo después abrió el padre Evasio el colegio Salesiano de León XIII, titulado así como homenaje al Pontífice que había acelerado la venida de los salesianos a Colombia, y al autor de la áurea encíclica **Rerum Novarum**, escudo de las clases obreras. Cincuenta alumnos tenía el incipiente establecimiento, contándose entre ellos dos pertenecientes a distinguidas familias del país, alumnos que ingresaron luego a la comunidad, Jorge Herrán Caicedo, primer colegial matriculado y primer sacerdote colombiano hijo de Don Bosco, y Emilio Baena Zea: descendientes ambos de ilustres próceres, contándose entre los antepasados del primero los generales Pedro Alcántara Herrán, Mariano D'Elhuyar y Domingo Caicedo; y Francisco Antonio Zea entre los del segundo.

Para dar mayor auge a este naciente colegio y organizar los talleres en que deberían prepararse los muchos niños obreros que solicitarían admisión, el padre Evasio partió de nuevo para Italia en busca de personal docente, así como de maquinarias y útiles necesarias en el nuevo establecimiento. Hoy, cuando lo que él inició ha alcanzado vastas proporciones, y los antiguos claustros han sido reemplazados por nueva y capaz construcción con la

cual se ha levantado un templo gótico, cobra importancia la labor del abnegado religioso y de sus nuevos meritorios hermanos en religión, que transportaron a nuestro suelo el espíritu de Don Bosco y le han hecho fructuoso en bienes para la Nación y para las clases populares de Colombia; porque allí preparan maestros en el ramo de artes y oficios, capacitados para el trabajo, dándoles, a más de la capacitación adecuada, formación moral que los hace buenos ciudadanos.

Organizáronse igualmente entonces los cooperadores salesianos, mostrándose en esto muy generosos todos los colombianos, pues esta asociación se extendió por el país en poco tiempo. Se distinguió entre los más entusiastas y celosos cooperadores una distinguida matrona bogotana, doña Amalia Briceño de Restrepo, dos de cuyas hijas y una sobrina ingresaron al convento de las Hijas de María Auxiliadora. Los salesianos supieron reconocer los múltiples servicios prestados por ella al Instituto, y la llamaban con el cariñoso nombre de la Mamita. A su muerte y varios años después de ella, hasta época reciente, en el Carmen se celebraron honras fúnebres por el alma de la activa y eficaz cooperadora, benefactora también por este medio de las clases trabajadoras, sin ostentación alguna.

Empero, donde la abnegación salesiana se ha mostrado de modo especialísimo, ha sido en la asistencia de los leprosos. Inició este heroico apostolado el padre Miguel Unia, que fue llamado a él por manera singular, como también por medio de una de aquellas revelaciones de las conciencias, habituales en San Juan Bosco, había sido llamado al Instituto. Leyó el Santo en la conciencia del joven Unia, como lo hacía con muchos, todos los pecados de este con precisión y exactitud admirables, según refería el mismo padre Unia. Pues bien, leyendo un día este padre el evangelio de la decimatercia dominica después de Pentecostés, donde se refiere la curación de diez leprosos que hizo Nuestro Señor Jesucristo, conmovióse extraordinariamente, y a tal punto, que tuvo el padre Rabagliati que dispensarle del rezo. Más la intranquilidad subió de punto durante la noche; parecióle entonces tener delante a los leprosos, que mostrándole sus llagas le decían: "Todos huyen de nosotros, hasta los sacerdotes... Ven tú, a lo menos". A altas horas de la noche se levantó el padre Unia, preso de aquella llamada de la caridad, y fue a despertar al padre Rabagliati, Director de la Comunidad, para pedirle ahin-

cadamente licencia de ir a Agua de Dios a asistir a los leprosos, y no desmayó hasta obtener poco después la autorización deseada.

El padre Unia se dedicó desde entonces, en la ciudad del dolor, a cuidar y consolar a los leprosos. El sucesor de Don Bosco aprobó su generoso empeño, y luego los demás padres salesianos, no solo ansioso de imitar a su compañero, sino invitados por el párroco de Tocaima para acompañarle en unos ejercicios espirituales que dictó en Agua de Dios por aquel tiempo, continuaron la empezada labor del padre Unia. Este fue atacado de fiebres maláricas que le obligaron por algún tiempo a suspender su laborioso apostolado.

Imposible sería detallar las múltiples labores misionales, de acción social y de heroico ejercicio del sacerdocio a que se dedicó el padre Evasio; su biógrafo, el padre Fierro Torres, y el padre José J. Ortega, en la relación de **La obra salesiana en los lazaretos**, dan cabal cuenta de todo ello. Bástenos aquí referir que el padre Rabagliati recorrió el país recogiendo auxilios para los leprosos, visitó repetidas veces los tres lazaretos, y proyectó la fundación de uno nacional, dotado de los recursos necesarios para el bienestar y alivio de los enfermos, en los llanos de San Martín o de Casanare. En cuanto a coleccionar fondos para los atacados de la lepra fue tan activo y constante que aun desde Chile, a donde volvió más tarde, envió recursos para los leprosos de Colombia; y que en las épocas difíciles del tesoro nacional, como la de la guerra de 1899 a 1902, el padre Evasio procuró que nada faltase a los reclusos, a los que asistían también personalmente en la cura de almas y de cuerpos y en la instrucción religiosa y científica. En esta obra cooperaron con él sus compañeros los padres Unia, Crippa, Aime, Sarro, Santinelli, Variara, Basasignana, Baena, Herrán y otros muchos más que la citada crónica nos señala.

Eficaz ayuda en tales labores han prestado y prestan en los lazaretos las hijas de María Auxiliadora, fundadas igualmente por San Juan Bosco.

Quiso además el padre Evasio procurar para los leprosos de Colombia las mayores ventajas, y acaso, pensó él, en la posible curación, que del terrible flagelo pudiera ofrecer la ciencia médica; con tal fin expresamente viajó a Noruega a consultar al célebre profesor Hansen que acababa de descubrir el bacilo de la lepra y trabajaba incesantemente en perfeccionar sus experimentos para combatirla. Y aun hizo algunas gestiones para que

el profesor noruego visitara los lazaretos colombianos. Con el doctor Hansen tuvo detenidas conversaciones sobre los problemas que ofrecía la lepra en este país, y vino a tratar de poner en práctica los consejos del sabio médico, logrando por este medio importantes reformas en los leprosorios, y advirtiéndole que el doctor Hansen se le hacía muy crecido y superior al de Noruega el porcentaje de enfermos que entonces tenía nuestro país con respecto a la densidad de población.

Nunca se olvidó el padre Evasio de Colombia, a la que le unía muy vivo afecto; y en sus viajes, en su regreso a Chile, en los últimos años de su vida, jamás se aminoró su interés por esta nación que le correspondía muy de veras su efecto, mas no le fue dado volver a ella.

Su salud fue haciéndose cada vez más delicada desde 1919, y los médicos le advirtieron que si seguía trabajando como hasta entonces podría morir repentinamente; y así ocurrió el 20 de mayo de 1920, en el Instituto de San Miguel Infante, de Chile, después de haber predicado una tarde durante tres cuartos de hora y de haber dado la bendición con el Santísimo. La muerte le sobrevino cuando tocaba suavemente en un piano que había en la sala de visitas del mencionado Instituto, como lo tenía por costumbre, mientras se desacaloraba un poco después de los actos religiosos.

En su mesa de trabajo se halló una carta dirigida a los leprosos de Colombia y con ella una suma de dinero obtenida para ellos.

En Colombia fue hondamente sentida la muerte del P. Evasio Rabagliati. De ese sentimiento y del afecto y veneración que se guarda a su memoria es prueba el busto que, como cordial recuerdo de gratitud y tributo de justicia, le hizo levantar el Congreso Nacional.

La obra por él iniciada, hoy tan amplia y que presta señalados servicios a la clase obrera y a los lazaretos, prueba que la acción social bien entendida, cristianamente adelantada, debe efectuarse muy lejos de la lucha de clases, de la violencia y de la demagogia, y muy dentro de la armonía de las clases sociales y del fraternal espíritu cristiano.